

tadores de esta época al *De anima* de Aristóteles catalogados por Ch. L. Lohr. En algunos de ellos se advierte la impronta aristotélica; en otros, en cambio, la tomista, la escotista, etc.

En suma, nos encontramos ante una obra que no sólo rescata textos y tesis renacentistas centrales hasta ahora inexplorados, sino que replantea el problema de si el intelecto agente es no sólo cognoscitivo, sino también la cumbre del conocer humano, así cómo cuál es su tema propio.

MARIA ALEJANDRA VANNEY

BEUCHOT, Mauricio, *Lógica y metafísica en la Nueva España*, UNAM (Colección Cuadernos No. 65), México, 2006, pp.153.

Mauricio Beuchot es uno de los principales exponentes de la filosofía mexicana. Ha trabajado sobre diversos temas, y destacan entre ellos sus trabajos sobre hermenéutica, ontología y lógica. En esta ocasión, Beuchot ha publicado recientemente un libro que trata el tema tan importante de la lógica y la ontología o metafísica en la Nueva España, esto es, durante el periodo de tres siglos en que España gobernó principalmente México (1521-1821). Hay que destacar, antes de continuar con este comentario al libro de Beuchot, que este filósofo considera que metafísica y ontología son la misma ciencia, a saber, la ciencia del ser en cuanto ser.

El libro está dividido en trece capítulos y cuenta con una amplia e importante bibliografía. Además, Beuchot ya había trabajado sobre estos temas desde el punto de vista histórico y expositivo, por ejemplo, en sus trabajos con Walter Redmond (*La lógica mexicana en el Siglo de Oro*, UNAM, México, 1985; y *La teoría de la argumentación en el México colonial*, UNAM, México, 1995). También cabe destacar su *Historia de la filosofía en el México colonial* (Herder, Barcelona, 1996) y *Filosofía y ciencia en el México dieciochesco* (UNAM, México, 1996; sobre este último, tengo un comentario en mi libro, *Fragmentos filosóficos*, Verbum Mentis, Córdoba (México), 2004, pp. 85-88).

El primer capítulo es una exposición sucinta y general de la lógica novohispana, destacando la observación de Beuchot de que en esta época la lógica se cultivó en grado sumo, especialmente en los siglos XVI, XVII y XVIII, aunque en este último ya hay un marcado eclecticismo con la modernidad y, por ello, una preocupación más fuerte por los problemas epistemológicos; además durante este último siglo parece que «se ve más bien una decadencia de la lógica» (p. 12). Beuchot, ante este panorama, recuerda las palabras de Samuel Ramos cuando decía que la lógica durante el periodo colonial, especialmente en los siglos XVI y XVII, se cultivó «demasiado». «La acusación, entonces, contra esta época no es la de falta de lógica, sino de exceso en su cultivo, pero sin reflexionar y criticar lo suficiente las condiciones sociales y científicas de lo real» (p. 7). Lo que hizo falta durante ese tiempo no fue la lógica, sino hacer referencia más a lo real, a lo empírico, y por ello la modernidad fue muy importante al aportar la materia de trabajo, no preocupándose tanto por la forma (i. e. silogismo tras silogismo).

Ya en el segundo capítulo, un tanto breve, Beuchot aborda uno de los temas más discutidos y atractivos de la lógica, en concreto de la lógica mayor o *magna*: el tema de los universales o cantidad lógica. Beuchot ve, en las discusiones de ese tiempo, reflejos de las discusiones actuales, especialmente entre el realismo y el nominalismo. Establece puentes entre los filósofos lógicos de la época, como Alonso de la Veracruz, Tomás de Mercado y Antonio Rubio, con filósofos más actuales, entre los que destacan Hilary Putnam y Bertrand Russell. Beuchot ve que los novohispanos también discutieron y dieron sus soluciones a problemas tan actuales como la cuestión tratada en este apartado.

El tercer capítulo trata otro tema de la lógica mayor: el de los predicamentos y categorías. Este apartado muestra cómo se trabajó este tópico en el ámbito novohispano, utilizando nuevamente el pensamiento de Alonso de la Veracruz, Tomás de Mercado y Antonio Rubio. Sin embargo, antes de entrar al detalle, Beuchot brinda una exposición muy fructuosa en torno a las categorías aristotélicas, destacando la interpretación de que son tanto ontológicas y, con base en la ontología, lógico-semánticas. Posteriormente el autor habla de qué escribieron los citados filósofos novohispanos y cómo se discutió el tema del undécimo predicamento, a saber, el ente de razón. A este respecto, Beuchot dice que Antonio Rubio propuso al ente de razón como ese undécimo predicamento; «Pero, en el caso de otros escolásticos, como el de la mayoría de los tomistas, el ente de razón pertenece a la categoría de cualidad, ya que los entes de razón son los conceptos, y éstos son cualidades de la mente o el alma; i. e. son accidentes de la substancia humana» (p. 28). Beuchot también hace referencia al problema del número de las categorías, pues algunos han propuesto diez (Aristóteles y muchos medievales), tres (Descartes, Leibniz y Peirce), doce (Kant), etcétera.

El siguiente apartado habla sobre la teoría de la ciencia en la época novohispana. La ponderación de Beuchot sobre este tema es que la axiomática de Aristóteles, especialmente en los *Analíticos posteriores*, cayó en desuso por la exagerada exigencia que conllevaba para la ciencia natural. Dice el autor que «Es curioso advertir que el modelo aristotélico-escolástico de la ciencia decayó en cuanto a las ciencias empíricas no por malo, sino, exactamente al contrario, por demasiado exigente» (p. 33). Una muestra de esa axiomática aristotélica, en el caso de la Nueva España, puede encontrarse en Tomás de Mercado, a quien Beuchot sigue en sus comentarios sobre los *Analíticos posteriores*, pues hay que recordar que los *Primeros analíticos* versan más bien sobre el silogismo. Aquí, el autor comenta algunas partes del libro de Mercado *In Logicam Magnam Aristotelis Commentarii* (Comentarios a la lógica magna de Aristóteles), siguiendo muy de cerca la crítica de Luis Vega. A pesar de que Mercado es claramente un aristotélico, muestra ya, según Beuchot, el paso que se estaba dando de la teoría de la ciencia rigurosa de los escolásticos, a la concepción de la ciencia de los modernos (Cf. p. 39).

Podría decirse que los capítulos anteriores tienen como objetivo preparar al lector para los siguientes cuatro apartados (caps. V-VIII), dado que en estos últimos el autor trata con más detalle aspectos de la lógica de Alonso de la Veracruz, Tomás de Mercado, Antonio Rubio y José Ignacio Fernández del Rincón. Cuatro capítulos más, uno para cada autor. Por ello, en el quinto apartado, Beuchot analiza ciertas facetas de la lógica de Alonso de la Veracruz, revisando la lógica analítica (que es axiomática), la lógica tópica (enfocada al debate o discusión dado que se centra más en lo probable que en lo apodíctico), su teoría de la ciencia (en donde es muy relevante su defensa de los primeros principios, que son evidentes, y sirven de sustento a la ciencia) y, finalmente, cierra el apartado haciendo notar que para fray Alonso «la lógica fue siempre una disciplina imprescindible. Él mismo se empeña en hacer ver que, por más que se trate de una ciencia árida, ardua y trabajosa, es fundamental para todos los saberes y, por ende, la más conveniente para comenzar el estudio de la filosofía» (p. 51).

Viene después una sección dedicada a la lógica y la semántica en Tomás de Mercado, muy conocido por sus comentarios a Pedro Hispano (habría que tener presente que Beuchot tiene muchos trabajos sobre el pensamiento de Tomás de Mercado, entre los que destacan su libro en coautoría con Jorge Iñiguez, *El pensamiento filosófico de Tomás de Mercado: lógica y economía*, UNAM, México, 1990). En esta ocasión, Beuchot destaca la concepción del signo en Mercado, pues tuvo mucha importancia para su tiempo, y todavía tiene muchas aplicaciones en el nuestro. «Esta época de Tomás de Mercado, época de símbolos, de metáforas y metonimias, de referencia y sentido, se muestra útil para la semiótica contemporánea, y también para nuestra época, tan vacía de sentido, tan desprovista de contenido significativo» (p. 56). Divide el signo, como a la usanza escolástica, primero en dos tipos: en formal y en material. El formal es el signo más excelente, el signo que se fusiona, por decirlo de alguna manera, con su objeto, y el ejemplo más claro es el concepto, el *verbum mentis* pareciera querer dar a entender Beuchot. Viene después el signo material o instrumental, «y se caracterizaba porque él sí tenía que conocerse bien como objeto para poder ser captado como signo» (p. 58). Este signo, el material, se divide en tres, como ya lo hacían los escolásticos. El primero es el signo natural, en el cual el vínculo entre el signo y el objeto está establecido precisamente por la misma naturaleza (como el humo al fuego). El segundo, que es intermedio, es el signo consuetudinario, que tiene algo de natural y algo de artificial, en el sentido de que es por costumbre o hábito, como el mantel en la mesa significa la proximidad de la comida. Finalmente viene el signo convencional o artificial, que es completamente arbitrario (como el símbolo de Aristóteles y de Peirce), y el ejemplo más claro de este signo artificial es el signo lingüístico, que da origen al lenguaje. «Y aquí es donde embona la semiótica con la lógica, pues la lógica hace por excelencia uso del signo lingüístico» (p. 59). Esto último le lleva a discutir por el origen del lenguaje (que es arbitrario para Mercado, así como lo había propuesto el Estagirita) y el tema de los signos que nadie interpreta, así como un *excursus* sobre la metáfora (el cual lo elabora Beuchot a partir del pensamiento de Mercado).

Viene inmediatamente después un apartado sobre la lógica de Antonio Rubio; en concreto Beuchot trata la obra de Rubio *Logica Mexicana*. El autor va de lo menos a lo más en lógica, esto es, comenzando por el término (que corresponde a la primera operación de la mente, a saber, la simple aprehensión), donde examina algo del problema de los universales y los predicables, pasando después a los géneros supremos o predicamentos. Después habla de las proposiciones (que corresponden a la segunda operación de la mente, a saber, el juicio), lo cual lleva evidentemente al silogismo (que corresponde a la tercera operación de la mente, esto es, el raciocinio). Para finalizar este capítulo, Beuchot muestra la concepción de la naturaleza de la lógica que tiene Rubio (que, por cierto, es ciencia ella misma), y dice que este autor tiene mucho que seguir enseñando a los filósofos de la actualidad.

Para exponer el siglo XVIII, Beuchot eligió a José Ignacio Fernández del Rincón, que ya se encuentra entre los escolásticos y los modernos. De él comenta Beuchot sus *Lecciones de filosofía (Philosophiae*

Scholae), que ya reflejan «el esfuerzo por modernizar la filosofía en México» (p. 78). Incluso desde el primer capítulo de las *Lecciones* (titulado *De re logica*), en cuanto se trata al intelecto humano, se habla ya de las operaciones mentales, más que de su estructuración lógica; esto «nos habla de la pérdida del «lógicismo» propio de los filósofos escolásticos, que ya vimos, y el nuevo «psicologismo», que es el sesgo que imponen los filósofos modernos, con su criticismo y su preocupación gnoseológica y epistemológica» (p. 79).

Hasta aquí llega lo referente a la lógica. Los capítulos siguientes hablan de la metafísica u ontología en la Nueva España. Para empezar este nuevo tema, Beuchot comienza dando un cuadro panorámico sobre cómo se desarrolló la metafísica en tierras mexicanas durante el periodo colonial (habría que recordar que de igual forma procedió el autor en lo referente a la lógica). Sin embargo, la diferencia esencial que tiene este capítulo de introducción con referencia al de la lógica, es que Beuchot es más minucioso en la relación de autores y obras de metafísica en los siglos XVII y XVIII. ¿Por qué no el XVI, como en el caso de la lógica? Beuchot comenta que él no ha encontrado nada de metafísica en ese siglo. Literalmente lo dice así el autor: «No he podido encontrar todavía ningún testimonio de la labor metafísica en el siglo XVI, por lo cual se comenzará en el siglo siguiente» (p. 84). Beuchot divide las obras de metafísica a partir de dos perspectivas: el siglo en el que fueron redactadas y en órdenes religiosos. Da el nombre la orden religiosa, el nombre del autor y la obra de metafísica, todo esto enmarcado en el siglo correspondiente. Ahora bien, importante es mencionar que el autor dice que la metafísica en el México colonial se cultivó de dos maneras: «o en forma de comentario o en forma de cuestiones y disputaciones, teniendo delante el texto de Aristóteles» (p. 83). Esto es, la metafísica se trabajaba a la usanza escolástica; pero no era una repetición estéril y monótona en todo momento, es decir, sí se repetían las enseñanzas de la escolástica (los dominicos por ejemplo apoyando la interpretación de Santo Tomás, los franciscanos a Duns Escoto, etcétera), pero hubo grandes exégesis y hasta comentarios originales.

Con respecto a esta última idea, Beuchot tiene la consigna de hacer ver que los novohispanos sí realizaron cosas originales; esto último en contra del prejuicio tan divulgado de que en la época colonial todo se reducía a la memoria y a la repetición de lo que habían propuesto los escolásticos. Dice literalmente el autor, después de realizar un meticuloso análisis de la metafísica del padre Francisco Naranjo, que comenta dos cuestiones completas de la *Summa Theologiae* de Tomás de Aquino, lo siguiente: «La obra de Naranjo nos ha mostrado, pues, que la enseñanza de la filosofía en la época colonial no se reducía, como pretende Samuel Ramos en su *Historia de la filosofía en México*, a la pura memorización. Naranjo, que tenía esa memoria asombrosa que lo hizo célebre, es puesto por Ramos como el botón de muestra de ese método memorístico y estéril. Pero hemos visto que no era tal; no sólo sabía de memoria la letra de la *Summa Theologiae* de Santo Tomás (y muchas otras cosas), sino que hizo de ella una exégesis aguda y fina. De quien se esperaría un comentario puramente erudito, con un cúmulo de elementos aprendidos, resultó un estudio inteligente y bien argumentado, con intuiciones muy lúcidas y argumentos fuertemente trabajados. Eso nos da una idea diferente del oscurantismo que algunos autores han achacado sin fundamento, y movidos más por el prejuicio o el desconocimiento, a la Nueva España» (pp. 115-116). La cita ha sido *in extenso* pero era necesaria para poder captar la opinión del autor sobre los temas que siguen.

En este mismo tono, Beuchot muestra la pertinencia y profundidad con que el padre Diego Marín de Alcázar, otro profesor de metafísica en la Nueva España durante el siglo XVII, trabaja las cuestiones concernientes a la identidad y distinción ontológicas, en donde el autor muestra las complejas y profundas distinciones escolásticas manejadas por Marín, y cómo aplica muchos de esos conceptos al problema de Dios.

Pasa después, en el capítulo doce, a trabajar el pensamiento de Juan José de Eguiara y Eguren, profesor de la Pontificia Universidad de México durante el siglo XVIII, especialmente en su obra *Selectae Dissertationes Mexicanae* (Selectas disertaciones mexicanas). Sobre él, Beuchot dice lo siguiente: «La obra filosófico-teológica de Eguiara y Eguren se ubica en lo que podríamos llamar la «escolástica barroca», que venía desde el siglo XVII y abarca buena parte del XVIII, sobre todo en las colonias españolas en América, donde era más lento el movimiento de cambio» (p. 130). El autor trata el tema de Dios en la obra de Eguiara y Eguren de manera muy completa, destacando las anotaciones que hace sobre el concepto de esencia y sus muchas distinciones (por ejemplo, esencia formal, esencia virtual y esencia real, por un lado, y esencia física y esencia metafísica, por otro). También destaca el tema de la inclusión (que marca una estrecha relación entre lo lógico y lo metafísico), por ejemplo, cuando habla de la inclusión formal que «consiste en pertenecer de un modo directo a la definición de algo, o a su concepto definitorio, como *animal* está contenido en *hombre*» (p. 135). Todos estos temas, finalmente, aplicados al campo de la teología, en donde el autor sigue las eruditas anotaciones de Eguiara y Eguren, que muestran la «competencia» con que se trabajaba la filosofía en el México colonial.

El último capítulo, ya muy breve, trata el tema de la metafísica en Andrés de Guevara y Basoazábal, quien, al ser un jesuita del siglo XVIII y muerto a principios del XIX, le tocó la expulsión de 1767 (cuando los jesuitas tuvieron que establecerse en los Estados Pontificios en lo que hoy es Italia). Beuchot, para el caso de la metafísica en Guevara y Basoazábal, comenta la parte concerniente de su obra *Institutionum Elementarium Philosophiae ad usum studiosae juventutis ab Andrea de Guevara et Basoazabal, Guanajuatensi Presbyteri* (Instituciones elementales de filosofía para el uso de los jóvenes estudiantes, por Andrés de Guevara y Basoazábal, Presbítero guanajuatense). En él se muestra algo muy definitorio de los jesuitas, a saber, su constante discusión con los filósofos modernos. Por ejemplo, Guevara y Basoazábal discute, con su escolasticismo suarecista, con autores como Descartes y el *cogito*, y con Leibniz y su principio de razón suficiente. Contra el primero, dice Guevara y Basoazábal, el principio cartesiano se basa a su vez en otro principio más: el de no contradicción (Cf. p. 142). No sólo discutió con autores racionalistas, pues el autor comenta que también lo hace con Locke, con quien discutió la tesis de las cualidades primarias y secundarias. Beuchot comenta puntualmente las partes concernientes a la metafísica de Guevara y Basoazábal, dando su propia exégesis y explicación en cada momento, lo cual enriquece sumamente la exposición.

Como se aprecia, el libro es muy completo y pertinente para la filosofía mexicana, aunque pareciera que lo es también para la filosofía latinoamericana en general, a la que muchas veces se le ha tachado de ser mera repetición (y hasta distorsión) de las doctrinas europeas. Con este trabajo, Beuchot demuestra lo contrario: en el caso concreto de la Nueva España, las doctrinas europeas se conocían muy bien, y por ello se discutía con ellas. Por lo menos así es en los casos de lógica y metafísica que el autor expone en este libro.

JACOB BUGANZA

FIDORA, Alexander; LUTZ-BACHMANN, Mattias; *Erfahrung und Beweis. Die Wissenschaften von der Natur im 13. und 14. Jahrhundert. Experience and Demonstration. The Sciences of Nature in the 13th and 14th Centuries*, Akademie, Berlin, 2007, pp. 302.

Experiencia y demostración, analiza las aportaciones de la ciencia de la naturaleza del siglo XIII y XIV a la recepción y posterior desarrollo de la lógica de la experiencia aristotélica y de la ciencia heleenística. Se trataría de un primer *renacimiento cultural* que anticipó los posteriores desarrollos del surgimiento de la «nueva Ciencia», sin que en ningún caso sus aportaciones se puedan considerar superfluas. Se destaca a este respecto la importancia otorgada en esta época al redescubrimiento del papel decisivo desempeñado por la experiencia y las paradojas lógicas en la justificación de la propia ciencia aristotélica, llamando la atención sobre un extremo en el que anteriormente no se había reparado suficientemente, a saber: en estos casos la axiomática formal se puso al servicio de la posible corrección de los posibles errores y sinsentidos de tipo práctico que este tipo de cálculos a su vez podrían producir, proponiendo re-formulaciones cada vez más adaptadas a su respectivo campo de aplicación, tratando de eludir la posterior aparición de apriorismos y dogmatismos en sí mismos innecesarios. Aristóteles habría puesto así los fundamentos de un tipo de *ciencia media experimental*, que posteriormente sería desarrollada mediante el desarrollo de diversos métodos inductivos, psicológicos, biológicos, que a su vez llevaron a replantear la validez del método científico-natural sobre unos presupuestos de tipo aún más crítico, anticipando de algún modo la *polémica sobre métodos* de la ciencia experimental moderna.

Para alcanzar estas conclusiones la monografía se divide en cinco apartados. a) *Presupuestos antiguos*, Detel y Touminen analizan la articulación entre lógica y experiencia, y entre el uso teórico y práctico de los primeros principios, en Aristóteles; b) *El principio de la discusión: Grosseteste y Bacon*, Speer y Hackett analizan la búsqueda de una *ciencia universal* basada en la *experiencia* por parte de estos dos precursores del método experimental moderno; c) *Alberto y la investigación de tipo natural en el siglo XIII*, Spruit, Werner, Rossi, Köhler analizan la originalidad de sus propuestas epistemológicas, psicológicas, biológicas y de tipo axiomático; d) *Experiencia y demostración: De Tomás a Scoto*, Lutz-Bachmann, Hoffmann, Bidesse, Fidora y Marrone, analizan el papel que la experiencia y la teoría de la demostración desempeña en su concepción de la física, especialmente en el comentario al *IV Libro de la Física* aristotélica, en las relaciones de subalternación existentes entre las ciencias y en el papel otorgado a la inducción; e) *Experiencia y ciencia en el siglo XIV*, Leibold, Krieger, Trifogli, Sylla, analizan la aparición de los presupuestos de la «Nueva Ciencia» en Ockham y Buridan, la articulación de experiencia y demos-